

## CAPITULO XXVII

REGRESO DEL CALVARIO: SOLEDAD DE MARÍA.

*Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended  
y mirad si hoy dolor como mi dolor.*

**D**E Jeremías son estas palabras con que personifica á Jerusalem arruinada (1), pero la Iglesia las aplica oportunísimamente á la Virgen María, y á su dolor en el Calvario al desprenderse del cadáver de su Hijo, que lleva á enterrar la piadosa comitiva á un sepulcro nuevo abierto en la roca y en un huerto inmediato.

María se deja arrancar de las inmediaciones del sepulcro y baja del Calvario. Entonces parece que es el momento en que su pecho dolorido expresa mas bien con su continente que no con palabras, que apenas podría articular, esas doloridas frases:—«¡Oh vosotros, los que pasais por este camino y calle de la Amargura, reparad y mirad si hay un dolor que pueda equipararse con el mio!» Y estas palabras doloridas pasan de generacion en generacion, de gente en gente á todos los hombres afligidos, á todas las madres desesperadas por la pérdida de sus hijos, pues ¿qué madre tuvo un hijo mas bello, mas santo, mas digno de ser querido que María? Y ¿qué madre vió morir á su hijo, mas desastrosa, mas inicua, mas inhumanamente? Creo que el mayor dolor que puede haber en el mundo es el de una madre que ve morir de hambre á su hijo único: pero entre este suplicio de la naturaleza, y el otro de ver morir á su hijo único en un patíbulo por una traicion infame y una injusticia horrible, el del hambre es mucho menos. María, pues, al bajar del Calvario dice á todas las madres cristianas, que lloran justamente la pérdida de sus hijos queridos:—¡Vosotras, pobrecitas, que bajais conmigo de vuestro Calvario dejando enterrados á vuestros hijos, comparaos conmigo y ved si vuestro dolor justo, natural y desmedido, puede igualar al dolor mio!

Pero María no habla: su dolor se reconcentra en su pecho como en un vaso cerrado:

(1) Trenos.—Cap. I, v. 12.

el dolor grande es sombrío y taciturno: dichoso el que logra que su pesar se evapore en gemidos. Con pasos vacilantes sigue á la comitiva, que respeta ese dolor inmenso. ¿Acaso sabe ella lo que le pasa? ¿Acaso sabe por dónde va ni adónde va? Ya no tiene ni aun el triste placer ni el consuelo ¡palabras horribles en este caso! de abrazar el cadáver de su Hijo, besar su rostro lívido, limpiar con esmero y con cariño la sangre coagulada en su cara, meter su rostro entre las espinas de su burlesca corona y herirse con ellas, complaciéndose en que maltraten su rostro los abrojos que maltrataron el de su Hijo. Ni aun le es dado estacionarse cerca del cuerpo de su Hijo y guardar su sepulcro como la desdichada Resfa los cadáveres de sus hijos. Consigo lleva el paño blanco con que limpió el rostro ensangrentado de Jesús: lleva también la corona de espinas y los clavos, trofeos de aquella derrota, que es la mayor victoria de Dios, siquiera sea dolorosa para quien recoge esas reliquias.

María no podía menos de conservar esos tristes recuerdos, y así se explica el que se hayan salvado y llegado hasta nosotros, santificados con el contacto del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dignos por tanto del culto de latría que les da la Iglesia. No se concibe que San Juan, la Magdalena, la misma Vírgen en el abismo de su dolor, dejasen de recoger aquellos objetos funestos, pero ya adorables, que algún día habian de colocar los Césares sobre sus coronas imperiales. ¡Quién no ha visto el esmero con que las familias honradas recogen y conservan los objetos que pertenecieron á sus difuntos queridos, por lúgubres y dolorosos que sean los recuerdos que evocan! Una madre que ha perdido á su hijo honrado, gallardo y valeroso, víctima de una bala homicida, recoge el mortífero plomo y lo conserva con esmero de paso que lo maldice. Pero María en su resignacion admirable y sobrehumana no sabia mas que bendecir, ni podía maldecir aquellos objetos cruentos, dignos ya de veneracion profunda.

Bajado el Calvario, la comitiva fúnebre entra silenciosa por la puerta Judiciaria y atraviesa la calle de *la Amargura*, sombría entonces con la escasa luz del crepúsculo, que ha reemplazado al eclipse sobrenatural y milagroso. Cruza las calles menos transitadas para llegar al cenáculo. Jerusalem presenta en aquellos momentos un aspecto extrañamente sombrío en medio de la solemnidad de la Pascua. Á la embriaguez, al paroxismo de la rabia y la venganza han sucedido el susto, el pavor y los remordimientos. ¡Triste es aquella Pascua! La venganza satisfecha engendra el recelo, y la alegría esperada no aparece. Corren noticias pavorosas y siniestras entre los grupos de holgazanes y curiosos, amigos de propalar novedades. El velo del templo se ha rasgado: varios profetas han salido de los sepulcros durante el terremoto, y sus cuerpos macilentos, no como espectros sino como realidades palpables, se han aparecido á varios israelitas piadosos, revelándoles misterios terribles, castigos providenciales, la ruina de Jerusalem, la dispersion, el degüello, la esclavitud social, la terminacion del culto, y todo en castigo del asesinato del Justo, del Santo, muerto á su vista en aquella tarde, por quien el sol ha vestido luto, al paso que mas allá



M. P. 184. 184

Imp. W. L. Barcelon.

de las regiones solares y en el cielo que no se ve, detrás de lo que llamamos *cielos*, se han hecho grandes regocijos, entrando el Justo en las mansiones de la gloria, rodeado de las almas de los patriarcas y de los santos y hombres de bien, que esperaban su venida desde los tiempos de Abraham. Y estos justos y profetas aparecidos á varios israelitas fieles, cuyas manos, acostumbradas al bien y al trabajo, no se hallan manchadas con la Sangre del Nazareno, rebotaban en júbilo por lo que tocaba á ellos, al paso que su indignacion estallaba en imprecaciones y amenazas por el crimen nefando, por el sacrilego asesinato cometido en aquel dia.

Pero estas noticias que corren por Jerusalem, que llegan á oídos de los sacerdotes envidiosos, y del mismo pretor romano, poco caviloso por un asesinato jurídico de mas ó de menos, no llegan á los oídos de la Madre Santa, que acaba de perder á su hijo, y que en su dolor profundo solo busca el retiro, en su modesto aposento la soledad, la oscuridad, y dentro de esta soledad sombría se reconcentra en la soledad de su corazón, soledad aun mas lóbrega y vacía. Los consuelos la desconsuelan: agradece los conatos de mitigar su dolor, pero no los acepta. Aunque los aceptara ¿de qué le servirían?

¡Oh cuánto diera Ella por estar ahora sola enteramente en su pequeña casita de Nazareth, cerrada la puerta, junto al pobre hogar, donde ya ni aun la ceniza tiene calor ni la lámpara luz! Allí recordaría en medio de la oscuridad los favores del cielo, la aparición del Angel, la vida laboriosa y resignada compartida con el Hijo y el Esposo, los coloquios con los espíritus celestiales, el júbilo santo al ver á Jesus volver del desierto y de sus excursiones evangélicas, mudar sus ropas y renovar su calzado, y escuchar de labios de los discípulos la narración sencilla y entusiasta de sus portentos y milagros. Todo se acabó menos el dolor. Acabó el tormento del Hijo, pero no el de la Madre; y hablando con el que era Dios y Hombre, y lo es aunque muerto su cuerpo, le decía, no con la lengua, sino con el lenguaje del corazón y del alma:—«¡Oh Rey mio! ¡haced ya por bien que sea este el postrero de mis martirios si de ello sois servido, y si no hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad!... Ya se acabaron sus martirios, y el mio viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó, y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura. ¡Oh dichosa sepultura que has sucedido en mi oficio, y la corona que á mí me quitan á tí la dan, pues encerrarás dentro de tí al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían si allí se viesan, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y ánima que yo puedo yo los sepultaré, mas vos tambien, Señor mio, el cuerpo que yo no puedo sin Vos. ¡Oh muerte! ¿por qué eres tan cruel que me apartas de Aquel en cuya vida estaba la mia? Mas cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras á entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y mas cruel en perdonar á la Madre (1).»

El sol brilla de nuevo sobre Jerusalem: en el corazón de María sigue la noche y sigue

(1) Fray Luis de Granada ya citado.

en su aposento. Las trompetas del templo anuncian la solemnidad del sábado. Las preces de María y sus dolorosos suspiros ya no van allá. Esa religión acabó con el Deicidio. Si antes era mortal, ahora ya es muerta y en breve será mortífera. El templo de María está en el Calvario: allí van sus preces desde el rincón de su pobre aposento, allá sus afectos, allá los suspiros. Corred, corred al templo de Salomón, restaurado por Zorobabel, ampliado y decorado por Herodes el Grande, corred á postraros ante Dios los que ayer asesinasteis al Hombre-Dios; sacrificad animales y haced correr la sangre de los toros los que ayer hicisteis correr la sangre del Justo. Los soldados romanos están afilando sus espadas para hacer correr la vuestra en ese mismo recinto, y despues de degollaros al pié de ese altar, caerán sobre vosotros los muros del templo y quedareis sepultados y calcinados bajo sus escombros ardientes.

Y un dia frente á ese templo, barrido de la superficie de la tierra al soplo de la indignación divina, que dispará sus cenizas mezcladas con las del polvo de vuestros cuerpos, en ese monte frontero se alzará otro templo, á donde vendrán á postrarse de todos los confines de la tierra los discípulos de ese galileo que habeis crucificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores, que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro (1).

Decidle al Pretor romano que ese Nazareno que habeis muerto hoy entre él y vosotros, es posible que resucite, ó que digan sus discípulos que ha resucitado. Poned allí guardia, no de soldados romanos, que no se prestan para ese servicio, sino de la cohorte de esbirros que os sirve para vuestras maldades. Vuestra conciencia os dice que va á resucitar en breve, y durante el reposo del sábado no reposará vuestra conciencia ni cesarán vuestros remordimientos.

(1) *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* (Isaías, cap. XI, vers. 10.)



CRISTO COLOCADO EN LA TUMBA